

PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO

Año I.

Núm. 21.

LAS DOS NOCHES.

(Conclusion).

En efecto, en medio de las espesas tinieblas que por todas partes se estendian, Odon vió á Hipólita vestida con un hermoso traje blanco, largo como un sudario y ondeante como un adorno de bodas. Su rostro era rígido como el mármol; una guirnalda de jazmines y flores blancas ceñian sus puras y mórbidas sienes; su hermosa cabellera caía ondeante en sus espaldas.... el Tasso, pintándonos á Clorinda cuando se apareció á Tancredo, nos ha dado un cuadro semejante al que acabamos de bosquejar.

Odon cayó de rodillas; queria buscar en la fisonomía de su amada el fuego, la viveza y la expresion que le aumaban en otros tiempos; pero veia tan solo con estra-

ñeza una calma de piedra que helaba su sangre y la hacia refluir al corazon.

Hipólita se le acercó sin andar á la manera de una sombra.

—Ven, ven, esposo mio, exclamó con acento apasionado.

—¿A dónde? replicó Odon no sabiendo distinguir si era un fantasma ó una realidad lo que tenia delante.

—¡Lo has olvidado ya! contestó ella con acento de reconvenccion. ¡Te he franqueado el camino del amor para que ahora!....

—Hipólita, en nombre del cielo no me hables así, ó creeré que he perdido el juicio. Yo te veo blanca, pálida, inmóvil, en medio de estas tinieblas, rodeada de sepulcros como si te hubieses levantado de uno de ellos para convidarme á una noche de felicidades fúnebres; pero cuando me hablas y me miras, entonces encuentro en tí un destello de aquellos dias de ventura que abandoné neciamente por entregarme á los extravios de la juventud.

—Yo soy tu Hipólita; el único amor que

ya debes tener en la tierra. Unas veces triste y otras alegre, cedo á las inflexiones de mi condicion segun tus palabras. Sígueme.

Odon estendió los brazos para estrechar á su amada.

—No.... no, dijo esta; estamos en un sitio sagrado. Toma mi mano.

Y sintió que se deslizaba por entre sus dedos otros dedos de hielo cuyo contacto le hizo erizar los cabellos.

—Mi mano está yerta, prosiguió ella; el claustro ha helado mi sangre; pero tú la calentarás.

Entonces Odon se sintió arrastrar hácia la sepultura donde por vez primera habia visto á Hipólita hincada de rodillas. ¡Estrañna circunstancia! La losa estaba levantada.

—Baja, prosiguió Hipólita señalando á su amante la negra y hedionda boca de aquel hoyo.

—¿Pero á dónde vamos?

—A mi celda.

—¿Por medio de esa tumba!

—Y qué importa: todos los caminos conducen al amor.

Odon sintió resbalar por su frente el aliento perfumado de su amada.

—Vamos, pues, murmuró estremeciéndose de amor, pero de un amor que jamás habia sentido hasta aquel instante: vamos adonde tú quieras.

Y enlazado á la mano de Hipólita como si los dedos de ésta fuesen unas grafas indestructibles, devorando con sus ojos la encantadora figura que marchaba delante de él, penetró por un espacio negro, sin término, sin fondo y sin altura; espacio horrible sin aire y sin luz como los que hemos leído en algunas narraciones de Delancre.

Odon perdía las fuerzas y le faltaba el aliento.

—Hipólita, exclamó por último..... ¡Oh! no te separes de mí, amor mio..... ¿En dónde estamos?

—En un templo, contestó la voz de la jóven, pues ella no se veía.

—¿Y qué vamos á hacer en él?

—Vamos á desposarnos. Antes de que nos reciba un mismo lecho, es preciso que caiga sobre nosotros la bendicion nupcial.

Entonces, en fuerza de un prodigio que no pudo sorprender la ofuscada imaginacion de Odon, vió estenderse delante de él profundas y sombrías arcadas iluminadas por

lámparas moribundas: algunos sepulcros de mármol blanco se destacaban de los costados de aquella arquitectura fuerte, grave y misteriosa: en el fondo habia una especie de altar.

Hipólita se acercó á él con Odon.

Un abad de piedra que dormía para siempre sobre una losa funeral, se levantó gravemente, y adornado con su ropaje sagrado se acercó con pausa hácia los amantes; cada sepulcro fué levantando su cubierta, saliendo de ellos damas, monjas y caballeros que formaron un espléndido cortejo.

Dos graves personajes se aproximaron al altar.

Detrás venia un caballero de cuyo pecho manaba sangre.

Por otro lado apareció un grupo de pálidos donceles.

Odon miraba con terror y asombro aquel espectáculo inesplicable.

—¿Por qué tiembblas! le dijo Hipólita. Esposo mio, ha llegado el instante de que borres las manchas de mi honor. Aquí hay un sacerdote, prosiguió señalando al abad de piedra, él nos unirá. Estos que ves aqui, esa señora hermosa y ese caballero grave, son mi padres. Detrás..... mira detrás.

Odon dió un grito horroroso.

Habia conocido en el personaje que vertía sangre del pecho, al tutor de Hipólita, á Don Guillen de Valseca muerto por él.

Entonces quiso huir ante el espectro, pero éste le tendió la mano.

—Aquí me teneis, le dijo con voz hueca; se han cumplido los designios de Dios y vengo á ser testigo de vuestro himeneo en union de esos caballeros.

Odon volvió la vista hácia donde le señalaba D. Guillen, y conoció á sus compañeros de orgías y locuras, Molina, Mendoza, Megia, Giron y Gamez, pálidos como cadáveres.

—¿Vosotros aqui! exclamó helado de terror.

—Hemos salido de nuestras tumbas para gozar de tu felicidad.....

—¿Luego habeis muerto!

—Todo está muerto en este sitio, le contestó Hipólita enlazándolo con sus brazos.

—¿Y tú tambien!..... ¡Dios mio!..... ¡Dios mio!..... tened piedad de mí.

Y en vano quiso repeler al fantasma; en vano quiso huir de sus besos y caricias.

—Yo te amo, yo te amo, yo te amo, gritó aquel hermoso espectro. Odon mio, alma de mi alma, vuélveme el honor que me robastes..... vuélveme la vida que he perdido de dolor por tu abandono.

—¡Piedad! ¡piedad!

—No, no; dame tus besos tan ardientes en otros tiempos; dame tu amor, no falso y engañoso como antes..... Ven..... hé aquí el altar..... devuélveme mi honra.

El círculo de espectros se fué estrechando; en vano Odon quiso huir: el abad estaba en medio de los dos..... y levantaba su mano para bendecirlos..... Un frío de muerte penetró hasta el corazón del esposo..... sintió gritos, crujidos de huesos, risas estridentes, pero él ya no veía, parecía faltarle vida, y solo distinguió la voz de su amada que le decía.....

Yo te amo, esposo mio..... nuestro lecho será la tumba, nuestro porvenir la eternidad. Ven, ven á dormir á mi lado..... ven, ven á descansar de las borrascas de la vida.

XI.

En el que al autor le parece conveniente concluir con la presente novela.

La tempestad habia concluido; las nubes se hundian en el fondo de un horizonte de color de zafiro, y la resplandeciente aurora principiaba á sacudir su dorada cabellera sobre las azules y tranquilas ondas del mar.

La naturaleza habia cambiado su negro ropaje de la noche anterior por uno de púrpura sembrado de chispas de plata y oro.

El dia se acercaba; el mundo iba sacudiendo el pesado velo que lo habia envuelto, y presentaba todos sus bellos perfiles como otras tantas maravillas acabadas de salir de mano de Dios.

Bernardo de Riaza habia esperado á su amigo toda la noche. Al notar su tardanza no dudó que sus proyectos hubieran tenido un resultado satisfactorio; pero luego que reflexionó en las imposibilidades materiales con las que debia haber tropezado, temió no sin fundamento que fascinado por la tempe-

tad se hubiese extraviado en aquel terreno que le era completamente desconocido.

Esperó al fin que la claridad matinal fuese suficiente para hacer una exploracion, siempre fijándose en el gótico monasterio que tenia en frente, convencido de que Odon no se habria separado mucho de este punto, centro de sus operaciones.

Después de subirse al último escalon de la cruz, á cuyo pié habia pasado la noche, y no descubriendo en ninguna avenida del convento la figura de un hombre, creyó conveniente avanzar hácia el templo, guiado por su celosa amistad.

En aquel mismo instante notó que las campanas del convento principiaron á tocar á muerto.

Aunque esto no tenia nada de particular, no pudo dejar de estremecerse.

Avanzó con rapidez por la calle de arbustos que iba á espirar en las mismas puertas de la iglesia.

Cuando con mirada recelosa observaba todos los ángulos del edificio, advirtió que un hombre marchaba por una senda lateral, después de haber salido de una casita inmediata.

Era el sacristan y despensero de las madres que hacia sonar en sus manos las llaves de la iglesia.

Marchando en igual direccion, tanto el jóven Riaza como el sacristan, fueron á parar á un mismo punto. El primero estaba decidido á preguntar al segundo en cuanto pudiera ilustrarle acerca del paradero de Odon.

En efecto, de allí á un momento se saludaban casi en las puertas del monasterio.

—Dios os guarde, señor caballero, replicó el sacristan correspondiendo urbanamente al saludo de Bernardo.

—¿Vais á abrir la iglesia? le preguntó éste.

—Sí, señor: el vicario no tardará en venir, pues además de los oficios hay entierro. Ya veis como doblan.

En efecto la brisa de la mañana arrastraba las dolientes notas de las campanas, que volteaban pausadamente.

—¿Quién ha muerto?

—Una pobre religiosa.

Bernardo se tranquilizó: esperó que el sacristan abriese las puertas, notando que estas se hallaban intactas en prueba de que

su amigo no las había violentado, y penetró en la iglesia por si descubría algun trastorno entre la monja ó advertía alguna otra entrada que le indicase el paso de su amigo.

Pero un espectáculo imponente y triste se presentó á su vista.

La iglesia estaba oscura: apenas entraba la luz del dia por sus ogivales ventanas, y solo el pálido resplandor de algunos blandones herian lúgubremente las santas paredes y los tenebrosos nichos.

Aquellas luces salian del coro y alumbraban un atahud donde aparecia una jóven y hermosa religiosa dormida para siempre.

Un estremecimiento horrible circuló por el cuerpo de Bernardo: avanzó hácia aquel espectáculo pero cuando creia reconocer la figura que yacia en el ataud, tropezó con un objeto.

Era el cuerpo de un hombre.

Dió un ahogado grito: acababa de conocer á su amigo Odon.

Poco despues lo sostenia en sus brazos.

—¿Dónde estoy! murmuró éste saliendo al parecer de un profundo sueño sin pensar que repetía la frase sacramental de todos los que se desmayan en las novelas.

—A mi lado, amigo mio, contestó Bernardo.

Por un esfuerzo violento Odon de Cifuentes se puso de pié y quedó contemplando con profunda atencion aquel cadáver que tenia en frente.

—¡Ella!... ¡ella ahí! exclamó retrocediendo. ¡Luego es cierto, Dios mio!

Y con el cabello erizado se llevó á Bernardo hácia el fondo de la iglesia.

—Pobre amigo, tú estás loco, dijo Riaza admirado de cuanto veía.

—¡Oh! ¡no la ves? ¡es mi esposa!

Y Odon cayó de rodillas derramando lágrimas, tal vez las primeras que había vertido en su vida.

Bernardo que no entendía una palabra se acercó al sacristan.

—¿Cómo se llama esa religiosa muerta? le preguntó.

—La señorita Hipólita Severina de Alconchel, caballero.

—¿Cuándo murió? preguntó de nuevo Riaza temblando y conmovido.

—Ayer tarde. Ha tenido el fin de una santa. ¡Era tan hermosa!

—Muy hermosa. Teneis razon.

—¿Luego la conocíais?

—La ví en el siglo. ¡Oh! Dios es grande, continuó Bernardo cayendo de rodillas al lado de su amigo y acompañándole en sus lágrimas...

Odon y Bernardo asistieron á los funerales de Hipólita: cuando la losa de la tumba hubo cubierto aquellos despojos admirables, los dos amigos salieron de la iglesia y fueron á sentarse al pié de la misma cruz donde Bernardo había pasado la noche...

Entonces Odon refirió el horrible sueño de que había sido víctima, pues no se atrevía á darle el carácter de realidad.

—Hay en eso algo de sobrehumano, amigo mio, dijo Riaza luego que oyó el lúgubre relato de Odon.

—Es un aviso del cielo; estoy castigado y...

—¿Y qué? preguntó Bernardo resplandeciendo en su frente uu resplandor lleno de esperanza.

—Que voy á llorar mis estravios en un monasterio, lejos del mundo, lejos de los placeres, lejos de las borrascas de la vida.

—Vamos, pues; murmuró Bernardo abrazándolo: yo tambien quiero hacer penitencia... busquemos el puerto despues de la tempestad, y cuando nuestras almas purificadas salgan de nuestros cuerpos, haremos que una misma sepultura cubra nuestros despojos...

Aquella misma noche penetraron en uno de esos asilos de descanso y de paz que el hombre ha borrado despues de la tierra.

Al mes Odon era el verdadero esposo de Hipólita de Alconchel... ¡había muerto!

Bernardo oró largos años sobre su tumba envuelto en su largo sayo de religioso.

FIN.

MADRID: 1853.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO

Año I.

Núm. 22.

A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.

(Continuacion).

CAPITULO XI.

VENTURA Y FELICIDAD.

Las enemistades viejas
con amor las olvidaron,
que donde preside amor
se olvidan muchos agravios.
ROMAECES DEL CID.

Cuatro meses han pasado desde que el terrible duelo tuvo lugar en Sevilla, y en el cual Osmin fué muerto. Mucho ha sufrido D. Juan mientras ha existido enfermo; y tanto, que se temia por su vida en aquel tiempo. Mas ya el caudillo cristiano se halla enteramente bueno,

gracias al tacto esquisito de los sábios, y al esmero con que le asistió la mora, llevada de ardiente celo por el mancebo D. Juan, á quien amaba en extremo.

En Sevilla continuaba la corte, entonces asiento de los reyes de Castilla, que eran de valor modelo, pues seguian conquistando de dia en dia mas pueblos y hollando la media luna del estandarte agareno.

La augusta reina Isabel siguió protectora siendo de la hermosa prisionera y del noble caballero.

Hablando á los dos un dia, les manifestó el deseo de verlos pronto felices por medio de un casamiento, pues que se hallaba D. Juan de su enfermedad repuesto,

y libre ya de enemigos
que turbaran su sosiego.

Tambien dijo era preciso
que antes del grato himeneo
se convirtiese la mora,
y abrazase con anhelo
nuestra religion cristiana,
confusion del sarraceno.

Juraron los dos amantes
á la reina con respeto,
besando su augusta mano,
agradecimiento eterno;
y ansiando verse felices,
prestaron consentimiento
de efectuar el matrimonio
que deseaban ha tiempo.

En este estado, las cosas
muy pronto se dispusieron;
se preparaban festines;
se disponian torneos;
los reyes iban á ser
padrinos del casamiento,
y todo, en fin, en Sevilla
era placer y recreo.

Fray Fernando Talavera,
varon de virtudes lleno
y confesor de la reina,
obispo de Avila siendo,
era el prelado escogido
para aquel santo himeneo.

Ya por fin se fijó el dia,
y en medio del clamoreo
de la ciudad bulliciosa
iba en tropel hácia el templo
una inmensa concurrencia;
guiada por el deseo
de ver en un mismo dia
el bautismo y casamiento
de aquella hechicera mora
que era del pueblo embeleso.

Ya salió la comitiva,
que era lujosa por cierto;
los monarcas castellanos,
muchos nobles caballeros,
damas con hermosos trajes,
y donceles bien apuestos,
eran la espresion de un cuadro
harto encantador y bello.

Junto á los reyes marchaban
nuestros dos amantes tiernos;
Daraja, cual nunca hermosa
D. Juan, garrido y esbelto.

A la catedral llegaron
entre aquel gentío inmenso,

donde con antelacion
se hallaba todo dispuesto.

Lo que en ella sucedió
ya, lector, lo inferiremos,
bastando saber ahora
que de allí á pocos momentos
unido estaba D. Juan
con la bendicion del cielo
á la que antes era mora
y va cristiana está siendo.

Llamóse en vez de Daraja
Matilde, segun deseo
de la reina de Castilla,
madrina del casamiento.

«Dios os haga muy felices,»
á una voz todos dijeron,
«y el cielo quiera tambien
que seais en este suelo
la envidia de los casados
por feliz y largo tiempo.»

Esto el pueblo repetia
lleno del mejor deseo;
mas... ¡ay! que á Matilde abruma
un vago presentimiento.....

Todos despues se marcharon
alegres y satisfechos
á esperar el nuevo dia
para asistir los primeros
á las diversiones públicas
y á los alegres festejos
que en celebridad se hacian
de tan feliz casamiento.

CAPITULO XII.

UN CRIMEN Y UNA VENGANZA.

Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
no te puedo dar mas, ¡oh alma dichosa!
muere ahora, cruel, muere, homicida,
que aqui todo se paga con la vida.

BERNARDO DE BALBUENA.

Tras noche apacible, tranquila y serena,
el astro del dia comienza á lucir;
ese astro tan bello que el alma enagena,
ese astro que encanta al verle salir.

Sus rayos brillantes tiende en el espacio
el sol que esplendente se vé aparecer;
derrama en el mundo su luz de topacio,
y un dia prepara de inmenso placer.

La gente en Sevilla se agita y se afana
llevados de ardiente y alegre aficion,

sus lechos dejaron en hora temprana por ver aquel dia la regia funcion.

Los tiernos amantes felices, contentos, descansan tranquilos cercados de amor. Mas pronto escucharon los dulces acentos mezclados con voces de alegre rumor.

Corrian las gentes cruzando el espacio, henchidos sus pechos de celo y afan, y todos llegaban del conde al palacio por ver á Matilde, por ver á D. Juan.

En tanto felices los caros esposos despues que el destino su suerte fijó, su union bendiciendo al verse dichosos, D. Juan á Matilde de este modo habló:

—Si ventura hay en la tierra despues de tanto desvelo, se la debemos al cielo; demos mil gracias á Dios.

Sí, mi bien, nos ha tendido ya su mano protectora; quiere seamos ahora muy venturosos los dos.

¡¡ Matilde!! ¿no eres feliz?
¿por qué tu mente se afana?
¿no sientes al ser cristiana un indecible placer?
¿por qué tan triste, bien mio?
¿qué te aflije en este mundo?
dime tu dolor profundo, dímelo, hermosa mujer.

Nuestra religion divina legando al alma el consuelo, es de todos un modelo por su sábia institucion; ella es fuente inagotable que nunca el sediento apura; en ella está la ventura y la paz del corazon.

—¡Ah, D. Juan! soy muy feliz cuando estoy á vuestro lado; el Señor os ha enviado para mis penas calmar; mas... no sé decir por qué mi sentimiento se aumenta; una idea me atormenta y me aflije sin cesar.

Bien sabeis cuánto os amo, pues sois mi único tesoro.
¡Ah! sí, D. Juan, os adoro, mas no es completo mi bien. tengo aquí un presentimiento desde que os he conocido.... ¿qué de mi padre habrá sido? ¿si vivirá el pobre Hacén?

Perdon, perdon, noble conde; de mi llanto habed clemencia; disponed de mi existencia, tened de mí compasion.... quiera el cielo, esposo mio, que no tenga fundamento el vago presentimiento que me roe el corazon.

Dijo así la triste esposa, y de allí á pocos momentos del palacio de D. Juan á salir se dispusieron.

Era preciso asistir en aquel dia al torneo y tributar á los reyes suma obediencia y respeto.

Pasados pocos instantes así sucedió en efecto, y á los dos vieron salir entre los vivas del pueblo, que bendecia su union con un entusiasmo estremo.

Vestian lujosos trajes con mucho primor dispuestos, y al palacio de los reyes muy pronto se dirigieron.

Los monarcas poderosos, que no perdonaban medios para ensalzar este enlace en él tenian dispuesto un espléndido banquete para despues del torneo.

Llegada la hora por fin, al ancho circo salieron varios apuestos galanes rigiendo coreceles fieros; todos nobles y valientes muestras de su arrojo dieron, y D. Juan los contemplaba sintiendo no hallarse entre ellos.

Terminada la funcion se retiraron contentos, pidiendo á Dios por la vida de tan valientes guerreros.

Vamos, lector, al palacio de los reyes, y veremos que hay en el salon hermoso, todo de flores cubierto, molduras de rico gusto, caprichosos arabescos,

alfombras de mil colores
que estan cubriendo aquel suelo,
y forman de aquella estancia
una mansion de recreo.

En derredor de una mesa
se ven galanes apuestos,
damas que visten los trajes
de sedas y terciopelos,
todas lindas á porfia,
con hermosos ojos negros,
ángeles son en la tierra
bajados del mismo cielo.

Allí Matilde se vé
con rostro afable y sereno;
linda y hermosa cual nunca,
es de todos embeleso.

A su lado está D. Juan,
gracioso galan por cierto,
recibiendo las finezas
de todos los caballeros.

Vense á los reyes por fin
ufanos y satisfechos,
y todo en aquel banquete
era alegría y contento.

Allí los ricos manjares
se servian con esmero;
vinos de esquisito gusto,
ramilletes de gran precio;
todo, en fin, en la comida
era de lo mas selecto;
se oian brindis graciosos
ora en prosa, ora en verso,
dedicados á los reyes
ó ya á los amantes tiernos;
pero en medio la alegría
de aquel público festejo,
un paje se presentó
estas palabras diciendo:

—Enviado del rey moro
de Granada, un mensajero
afuera espera impaciente
vuestro real consentimiento
para espresar el mensaje
que aquí le trae con anhelo.

—Buen paje, puedes decirle
que será oido al momento;
entre tanto concluyamos
el banquete, caballeros.
Así dijo el rey Fernando,
y todos obedecieron.

Pocos instantes despues
dejando aquel aposento
pasaron los cortesanos
donde estaba el mensajero,

obedeciendo sumisos
de sus reyes el precepto.

Colocados en el trono
nuestros monarcas escelosos
y cercados de su corte,
que era lujosa por cierto,
tomando el rey la palabra
dijo con tono severo:

—«Todos atentos estamos;
puedes hablar, mensajero....»
Era este un anciano moro
de imponente y duro aspecto;
su barba cana llegaba
hasta la mitad del pecho;
su rostro livido, enjuto,
y su mirar altanero,
indicaban que aquel hombre
sufria remordimientos.

Despues de la reverencia
como signo de respeto
que hizo á los reyes, miró
á todas partes con ceño;
y fijando en el de Luna
su mirar adusto y fiero,
de este modo se espresó
en medio de aquel silencio:

—Soberanos de Castilla,
reyes de tanto esplendor
que asiento haceis en Sevilla,
escuchadme por favor.

Con pretesto de un mensaje
aquí vengo con afan,
solo á vengar un ultraje
y á castigar un desman.

Para vergüenza y desdoro
de su esclarecida cuna,
me robó un día un tesoro
el noble conde de Luna.

Aquí tengo la venganza
que muy pronto voy á usar,
y ¡oh, reyes! tengo esperanza
que su accion ha de llorar.

(Se continuará).

MADRID: 1855.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I.

Núm. 23.

ADVERTENCIAS.

Todos los señores corresponsales que se sirvan remesarnos los fondos que tengan en su poder pertenecientes á nuestras publicaciones, se les abonará un 2 por 100 además del descuento del giro, siempre que lo hagan por correos ú otro medio de fácil cobro y á nombre de D. Andrés Peña. Cuando no pase de 50 rs. puede tambien hacerse en sellos del franqueo de á cuatro cuartos.

Se vuelve á encargar á dichos señores corresponsales y suscritores que la correspondencia, pedidos, giros y demas que ocurra, se hará á nombre del referido Don Andrés Peña, calle de Leganitos, núm. 24, á fin de que no sufran extravío las cartas.

LA VOLUNTAD DEL REY.

I.

A mediados del siglo XV y en la imperial ciudad de Toledo, tenían su tranquila mora-

da los muy queridos Reyes Católicos; y decimos tranquila, porque á pesar de que la guerra contra los moros del reino de Granada iba tomando de día en día mas incremento, la corte se hallaba pacífica como tal vez no estuvo en los siglos sucesivos.

Los pueblos cansados de ataques y disgustos políticos, se entregaban en Castilla y Aragon al goce y beneficio que les ofrecía la union de las dos naciones mas ricas y feraces de Europa.

La obra que emprendió Pelayo entre las escarpadas rocas de Asturias, tocaba á su fin en las fértiles llanuras de la Andalucía, y esto solo era bastante para que los pueblos tuviesen amor y fé en sus reyes, elementos mas que suficientes para conciliar los partidos é ideas de una nacion tan predisuelta á las desavenencias como la España.

Y no solo era esto lo que constituía la paz, sino tambien la fuerza de voluntad tan poderosa é invariable que tenía Fernando el V de Aragon, pues aunque algunos historiadores y romanceros han querido negar-

le esta propiedad, tan importante en un rey, es indudable que D. Fernando la poseía en alto grado, como lo prueban algunos hechos de su vida.

Tal vez su mismo poder y engrandecimiento fuesen la base de aquella firmeza; pero no por eso deja de ser menos recomendable. ¡Cuántos reyes con elementos sobrados para hacer cumplir su voluntad han capitulado ante los escollos de un partido poderoso, ó ante el poder dominante de la época!

Un hecho, pues, de la firmeza de carácter que tenía D. Fernando V en circunstancias harto difíciles, es lo que nos ocupa en este pequeño apunte histórico, que no dudamos llamará la atención de aquellos que en sus escritos le han tachado de débil. Era el anochechar....

Las sombras del crepúsculo empezaban á envolver con sus estensos velos las altas y sombrías torres de Toledo, imprimiendo con sus melancólicas tintas aquella especie de tristeza que infunde siempre la partida del sol.

El humo que vagaba sobre los tejados de la imperial ciudad, empezaba á confundir las masas de los edificios, y ese bullicio sordo y prolongado que al espirar el día sale de la muchedumbre que circula por las calles de una ciudad populosa, empezaba á perderse lentamente en el espacio.

Todo era tumulto y confusion en ciertos barrios, al par que en otros no se oía mas que la conversacion misteriosa de algunos amantes recatados que preparaban su laud para cantar amorosas endechas á sus respectivas amadas.

En aquellos tiempos la gente que de sus casas salía temerosa de la ronda ó de los ladrones que entonces abundaban mucho, no solía reunirse mas que en algunos sitios muy seguros y frecuentados; nos trasladaremos, pues, á la plaza de Zocodover, situada casi en el centro de la poblacion, y cuyo origen se pierde en la antigüedad de los tiempos.

Los pecheros reunidos en diferentes grupos, cantaban los unos, y escuchaban atentamente los otros á un hombre de edad madura, y que por la ropilla é imperio de sus ojos manifestaba ser á mas de hidalgo, hombre acostumbrado á ejercer cierta clase de dominio sobre la plebe.

Aquel hombre, pues, á pesar de la altivez con que hablaba, lo hacia con cierto recato, y observando en cuanto las sombras lo per-

mitian la gente que se iba acercando á los grupos que le escuchaban con las mayores muestras de curiosidad y asombro.

—Sí, vasallos de Doña Isabel y D. Fernando, todos los que podais trabajar desde la edad de 16 años á la de 60, preparaos, unios y esperad la orden de SS. AA. mañana á las diez en punto delante de su alcázar.

—Pero ¿qué hemos de hacer, señor de Lemus? se atrevió á observar un rechoncho zagal que le miraba con curiosidad mas que mediana.

—No le importa saberlo, respondió con sequedad el de Lemus.

—Bien, pero grande obra debe ser para hacella tanta gente.

—Calle el zagal. Solamente traigo esta orden que comunicaros de parte de nuestros muy Católicos Reyes. Cumplid con ella aunque dejes vuestros quehaceres, y libred Dios de hacer comentarios sobre el asunto, que os vá en ello la cabeza.

Despues que el de Lemus hubo dicho estas palabras, abrióse paso entre los villanos y desapareció con la cabeza erguida y el mirar osado.

Los plebeyos le vieron alejarse con asombro. Unos á otros se miraron, y á pesar de la orden que acababan de recibir, murmullos sordos y prolongados salieron de los grupos.

Luego todos aquellos seres fueron desapareciendo por grados, como otras tantas sombras fantásticas y medrosas.

Una hora despues, tan solo se oía perderse entre las brisas la tétrica cancion de algun buho que dormitaba en las negras molduras de la catedral.

Ahora espliquemos los motivos que tenía D. Fernando V de Castilla para dar la orden que acababa de publicar su escudero de guerra, el señor de Lemus.

II.

Estaba situado el alcázar de SS. AA. á la espalda del magnífico convento que algunos años antes de los acontecimientos que acabamos de referir mandaron construir los Reyes Católicos; obra suntuosa que aun hoy sirve de admiracion, y á cuyo convento pusieron el nombre de *San Juan de los Reyes*, como dando á entender á las generaciones futuras que la magnánima reina de Castilla y su amado esposo concibieron un pensa-

miento digno tan solo de corazones grandes y sublimes.

La comunidad de los Gerónimos, que era sin duda alguna la que mas influia en los asuntos políticos, tenia su tranquila morada en la margen opuesta del Tajo, camino de las Andalucías, lo cual era bastante para que todas las nuevas que llegaban de Granada pasasen por el convento de los Gerónimos antes de entrar en Toledo.

En aquellos tiempos de numerosas intrigas, no faltó quien digese que la correspondencia se comunicaba en el espresado convento, y si esto no tiene todos los visos de verdad que debiera, en atencion al poder excesivo de la magestad real, que no hubiese tolerado de manera alguna desacato de tanta monta, no por eso creemos dejarían los Gerónimos de intervenir de cierto modo en este asunto, bien por la posicion que ocupaban, ó ya por el influjo que, como antes hemos dicho, ejercian en el ánimo de los reyes.

Lo cierto es, que los rumores circularon entre los allegados al rey D. Fernando, y que éste si bien no lo llegó á creer, concibió al menos sospechas que fueron bastantes á llamar su atencion, pues cualquier paralización en los asuntos en aquellos tiempos de gloria, hubiera sido trascendental y funesta.

Una noche que se hallaba el rey Católico mal humorado por las nuevas poco favorables que le habian llegado de sus tercios, llamó á su secretario y le dijo con aquella amabilidad que no le abandonaba aun en sus momentos mas fatales.

—¿Continúan los rumores acerca de los Gerónimos, no es cierto?

—Señor..... los reverendos padres no creo que sean tan atrevidos como algunos suponen; pero son ricos, poderosos en intrigas y tal vez.....

—¿Es decir que su permanencia en el convento situado en el camino de Andalucía nos puede ser funesta?

—Tal creo, señor.

—Veamos qué medio inventas tú para hacer que se trasladen á Toledo.

—Difícil asunto es ciertamente, señor. Los Gerónimos son muy fuertes para hacerles salir de su convento contra su voluntad.

—¿Eso crees tú? dijo D. Fernando con una sonrisa sardónica é imponente. ¿Con qué es decir que el rey no es rey? ¿Qué mi

amada esposa no puede mandar lo justo en Castilla!

—Señor.....

—Bien; se les trasladará al convento de San Juan de los Reyes, á la espalda de nuestro alcázar.

—Me atrevo á decir á S. A. que es empresa mas difícil de lo que parece, y que tal vez.....

—El hombre que al emprender una accion encuentra dificultades, procura vencerlas. Mandaremos primero con prudencia, y si no obedece la comunidad....

—Proseguid, señor, dijo con impaciencia el secretario.

—Entonces..... será trasladada por fuerza.

Después de haber pronunciado el rey Católico estas palabras con un acento de firmeza que convenció al secretario del éxito de la empresa, le hizo una imperiosa señal para que se sentase en la mesa de despacho, y dictó una carta para el arzobispo de Toledo, en la que le comunicaba su proyecto, rogándole con todo el acatamiento y deferencia que en aquella época se tenia á los jefes de la iglesia, empezase á persuadir á la comunidad de la conveniencia que resultaria de su traslacion al convento de San Juan de los Reyes.

Concluida que fué dicha carta, se la entregó á su secretario, diciéndole:

—Id sin demora á ver á su Ilma., y entregadle este documento para que los dos camineis de acuerdo.

El secretario hincó una rodilla en tierra, besó la mano del rey, y desapareció entre los magníficos tapices que cubrian el despacho de D. Fernando V de Castilla y I de Aragon.

III.

Un mes próximamente habia trascurrido desde la noche en que tuvo lugar la anterior conferencia entre el rey Católico y su secretario privado.

Estos dos personajes se encontraban ahora en la misma estancia. D. Fernando pascándose agitado con muestras de la mas viva inquietud, y su secretario asaz pensativo y triste, pero ambos guardando el mas profundo silencio, hasta que el monarca le rompió, diciendo:

—¿Con qué ni tú ni el arzobispo habeis podido conseguir que la comunidad se tras-

lade al convento de San Juan de los Reyes?

—S. A. me permitirá que le recuerde el día en que me atreví á decir lo imposible que me parecia el éxito de la empresa.

—¡Imposible! ¡imposible! ¡oh almas débiles! exclamó el monarca aragonés con toda la fuerza de espresion peculiar á los hijos de su país.—¿Es decir que á la primera dificultad doblegais la frente? ¡Pobres corazones teneis!—Luego acercándose á su secretario le dijo con voz solemne:

—Mañana por la noche la comunidad de los Gerónimos dormirá en San Juan de los Reyes.

—Plege al señor se cumplan los designios de V. A.

—Ahora, prosiguió el rey, id vos mismo al convento de los Gerónimos, y con la mayor cortesania haced presente á los R. P. que habré en mucho honor en que todos asistan mañana á mi mesa. A las once en punto.

El secretario miró con asombro al rey, sin poder adivinar cuál podria ser el pensamiento del monarca al comunicarle aquella orden; pero como hubiese entrado en la cámara real el escudero de S. A. el señor de Lemus, hizo una profunda reverencia y se retiró.

Don Fernando se acercó al alfeizar de una ojiva ventana, y mandando al de Lemus que se aproximase, le comunicó en voz baja una segunda orden.

Esta fué la que vimos transmitida á los villanos por el mismo Lemus en la plaza de Zocodover.

IV.

Era un magnifico dia de primavera.

El sol saliendo de entre algunas nubecillas blancas y doradas empezaba á estender sus magestuosos rayos por todo el ámbito del dilatado espacio.

Las flores exhalaban sus perfumes, y los gigantescos olmos de las orillas del Tajo cernian blandamente su ramaje á impulsos de una ligera brisa.

En aquel dia, pues, tan hermoso, formaba un contraste bien singular el triste silencio con que los villanos formados en grupos, segun sus edades, se iban reuniendo delante del alcázar.

En todas las fisonomías jóvenes y viejas veíase pintada la curiosidad y la circunspec-

cion. Se preguntaban unos á otros si se sabia la causa de aquel llamamiento general; pero todos los que eran preguntados alzaban los hombros y se alejaban de aquel sitio, recelosos de que el temido escudero los observase.

Algunas veces los mas inespertos se aventuraban á pronunciar en voz alta palabras de impaciencia, que reprimian con imperiosas miradas los de mayor prudencia, y era lo mas particular que los pages y caballeros de armas, al pasar por entre el populacho con sus bordadas ropillas y relucientes tizonas, eran mirados con la misma duda y curiosidad.

Vióse aparecer por fin entre aquella inmensa multitud á la comunidad entera de los Gerónimos.

Marchaban de dos en dos con paso uniforme y lento, llevando á su cabeza al reverendo superior que con los ojos bajos y las manos cruzadas parecia dar ejemplo á todos los que le observaban, como si aquel acontecimiento de venir á comer con los reyes aclarase sus dudas y satisficiera su curiosidad.

Los reverendos padres por su parte no dejaban de observar aquellos grupos con cierto asombro mezclados de temor; pero creyendo sin duda que se les habia llamado para comunicarles algunas reformas útiles á la institucion religiosa que profesaban, traspasaron lentamente los sombríos pórticos de palacio.

No bien hubieron penetrado en las habitaciones del interior, cuando Lemus y algunos servidores del rey salieron á reunirse con el pueblo, cerrándose tras ellos las grandes puertas del alcázar.

Lemus entonces dirigió algunas palabras solemnes que se ahogaron entre el murmullo cada vez mayor de los villanos, que no bien las hubieron oido, se lanzaron en tumultuosa algazara á las opuestas márgenes del Tajo, camino de las Andalucías.

Mientras esto sucedia en el exterior de palacio, estaba recibiendo el monarca á la comunidad con la finura y cortesania tan propias de su carácter en un salon lujosamente amueblado, pero opuesto al frente del edificio que daba vista al convento de los Gerónimos.

(Se continuará).

MADRID: 1855.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANTOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I.

Núm. 24.

A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.

(Conclusion).

Sí, conde, fuistes villano
 al robar una doncella
 y has de sentir ; oh ! cristiano.
 todo el rigor de tu estrella:
 escucha, escucha hasta el fin
 infame y mal caballero,
 la muerte diste á Osmin
 que era un valiente guerrero.....
 altamente has ofendido
 á tu religion cristiana
 ¡¡¡ miserable !!! ; estás perdido !....
 te has casado con tu..... *hermana*.
 —miente el villano.

—No, no.....
 mira esta preciosa alhaja
 que en Baza te se perdió
 cuando robaste á Daraja.

Así lo quiso el destino;
 tu accion Luna llorarás,
 este rancio pergamino

te probará lo demás.

En él verás consignado
 para tu eterno dolor
 sí, Luna..... que te has casado
 con tu hermana Leonor.

—¿Quién eres sombra importuna
 que en mi mal te gozas? ¿quién?
 —Mírame, conde de Luna,
 ¡¡ insensato !! el mismo Hacem.

Voy á dejar de existir,
 pues que estoy envenenado.....
 contento voy á morir
 por que de tí me he vengado

.....
 ; ay de mí ! yo muero..... es hecho;
 se me turba la razon;
 quisiera..... arrancar..... del pecho
 pedazos del corazon.....

.....
 Esto diciendo el anciano
 cayó al suelo sin sentido,
 y todos le han socorrido
 por un sentimiento humano.

Todo bañado en sudor,
efecto del sufrimiento,
pronunció en su último acento
el nombre de *Leonor*.

Lleno de ansiedad y pena
los papeles recogieron,
y de allí todos salieron
al ver tan horrible escena.

Leonor está desmayada,
D. Juan confuso aturdido,
tal el desenlace ha sido
de aquella union desgraciada.

Adios placer y esperanza,
dispuso la suerte fiera
que en palacio sucediera
un crimen y una venganza.

Nuestra suerte está sujeta
del hado á la potestad,
que en este mundo en verdad
no hay felicidad completa.

CONCLUSION.

Por dos veces lució la primavera
encantando al mortal con sus primores,
sin que nada en Sevilla se dijera
de aquellos horrorosos sinsabores.

Mas veamos, lector de qué manera
el destino acabó aquellos amores;
y tengamos paciencia por un rato
si es que ya no te cansa mi relato.

Sabemos que D. Juan peleando un dia
en el sitio terrible de Granada,
víctima de traicion y alevosía
acabó su existencia infortunada:
horriblemente sin cesar sufría
arrastrando una vida desgraciada,
y cuentan que en su instante postrimero
el nombre de *Leonor* dijo el guerrero.

Registrado el antiguo pergamino
y aquellos documentos misteriosos
que un dia descubriera el cruel destino,
resultó ser hermanos los esposos;
legítimos hermanos quiso el sino
que fueran los amantes cariñosos
¡fatal desolacion! ¡suerte inhumana!
á un tiempo fué *Leonor* mora y cristiana.

Bautizada de niña, cierto moro
por mandado de *Hacém* la robó un dia,
ganada fué la dueña por el oro,
y por amor tambien; negra falsía!
que á los dos produjera tanto lloro;
la hermana de D. Juan, *Leonor* hermosa.

nació para sufrir siendo su espesa

En el centro de un valle delicioso
todo sembrado de esmaltadas flores,
lugar por su retiro misterioso
do ni aun suenan parleros ruiseñores;
solitario lugar y silencioso
donde no entran del mundo los clamores,
tiene, pues, ¡oh lector! sólido asiento
un gótico edificio, es un convento.

Asilo de virtud, lugar sagrado
y segura morada de inocencia,
es del hombre por siempre respetado
aquel santo lugar de penitencia;
en medio del silencio continuado
ensalzan del Señor la Omnipotencia
humildes religiosas que allí moran,
y al ser supremo con afan imploran.

Nada turba el reposo moribundo
de aquella casa triste y solitaria,
ruge en el valle el viento furibundo
azotando con fuerza extraordinaria;
en medio de silencio tan profundo
cuando al Señor se eleva una plegaria,
angustioso sonido rasga el viento
es la triste campana del convento.

Tardo, sombrío, acompasado suena,
legando al corazon solo tristura,
al alma deja de dolores llena
aquel eco profundo de amargura;
y al turbar una tarde tan serena,
no se sabe si dentro, en la clausura,
elevan al Señor humilde canto
ó indica aquel sonido amargo llanto.

Aquella melancólica armonía
era señal de pena y desconsuelo;
una monja infeliz se disponía
á abandonar muy pronto nuestro suelo;
la santa grey mirando su agonía
mostraba por la enferma el mayor celo,
y pedia al Señor omnipotente
por la salud de aquella penitente.

Mas ya no es tiempo, no; la que allí mora
sumida en triste lecho funerario,
conoce que es llegada ya su hora
y besa con fervor un relicario;
con voz débil llamó á la superiora
y en medio del silencio extraordinario
que en derredor reinaba, así la dijo
estrechando en su seno un crucifijo:

Voy á morir, madre mia,
el Señor lo quiere así.

¡Ay! yo sufro en demasia,

escuchadme en mi agonía,
 habed compasion de mí.

He tenido una existencia
 triste, fatal, desgraciada;
 mas en premio á mi dolencia
 el Señor tendrá clemencia
 de esta muger desdichada.

Muero en la flor de mi vida,
 así lo quiere la suerte;
 nada hay que su marcha impida,
 esta triste despedida
 es preludio de mi muerte.

Un decreto soberano
 dispone que llegue mi hora;
 ocultármelo es en vano;
 ya sé que ha muerto mi hermano,
 ya sé que ha muerto, señora.

Solo os pido con fervor
 tan luego como sucumba
 y entregue mi alma al Señor,
 que me lleven por favor
 y me encierren en su tumba.

Dadme, dadme este consuelo
 y muero contenta, si.....
 esto, madre, solo anhelo,
 en tanto pedid al cielo
 tenga clemencia de mí

.....
 Dios de bondad, si os falté
 cual pecadora liviana,
 mia la culpa no fué.....
 ¡ah! triste de mí, ignore
 que era de mi amante hermana.

Madre mia, Virgen pura
 del afligido sosten,
 en mi terrible amargura
 y en mi triste desventura
 á vos acudo tambien.

Y si sois la protectora
 de esta mujer desgraciada
 que con afan os implora,
 no necesito, Señora,
 mas consuelo en mi morada.

Hermanas, morir me siento;
 por lo que á Dios ofendí
 en mi postrimer momento,
 entonad con dulce acento
 una plegaria por mí.

Adios, adios, que el instante
 se acerca de mi agonía;
 hermanas..... sufrí..... bastante.....
 ¡ah! pedid con fé incesante
 rogad..... por..... el alma..... mia.

Al punto la campana del convento
 volviendo melancólica á sonar,
 anunciaba ¡oh dolor! que en el momento
 acababa la monja de espirar.

Desdichada Leonor, la parca fiera
 arrebató inhumana su existir
 de su vida murió en la primavera
 la que solo nació para sufrir.

De su hermano en la tumba fué encerrada
 porque este era su afan y su ansiedad;
 ¡pobre niña! pues fuiste desgraciada
 se amplió tu postrera voluntad.

JUSTO FRANCES Y FLOREN.

LA VOLUNTAD DEL REY.

(Conclusion).

Con todos los individuos de tan sacrosanta
 orden se manifestó sumamente obsequioso
 y atento el rey Católico, haciéndoles ver
 cuán grato iba á serle aquel dia por encontrarse
 rodeado de personas ilustradas á quienes profesaba
 un singular cariño, añadiendo tenia dispuesta
 una sencilla comida para solemnizar un triunfo
 cuyo relato pensaba hacer al final del banquete,
 seguro de que les iba á sorprender tan estraña noticia.

Los reverendos padres se miraban unos á otros
 sin llegar á comprender cuál podia ser la causa
 que daba origen á las atenciones que D. Fernando
 V de Castilla les dispensara; mas fuese que ellos
 se congratulaban por hallarse obsequiados por tan
 distinguido personage, ó que se prometian comer
 opíparamente en medio del fausto y ostentacion
 de la corte, es lo cierto que en sus robustos
 semblantes se hallaba pintada la mas expresiva
 alegría.

Un page entró anunciando con el mas profundo
 respeto la hora de comer, y todos se dispusieron
 á pasar á la habitacion preparada para el banquete,
 durante el cual se trocaron conversaciones
 relativas á la religion y á la política interior del
 Estado.

El sol en tanto apenas bañaba con su rubia
 cabellera los elevados picos de los montes que
 circundan la imperial ciudad. El canto de las
 tiernas y cándidas avecillas que saltaban de rama
 en rama por los árboles situados en el delicioso
 bosque que hoy llaman de los Cigarrales, formaba
 un admira-

ble contraste con el murmullo de las aguas que deslizándose suavemente por entre riscos y breñas, convidaba al filósofo á contemplar el asombroso cuadro de la naturaleza.

Ya estaba próximo el momento en que el monarca castellano debía manifestar á los Gerónimos la cuasa de aquel opiparo banquete, y para ello solo esperaba una señal que debía comunicarle el de Lemus, segun antes habian convenido.

Ansioso é impaciente se hallaba el rey católico, reprimiendo cuanto podia la emoción que experimentaba su alma, pensando en el mal efecto que iba á causar á la comunidad la enérgica resolución que habia tomado; pero tal era la soberana voluntad, y habia que cumplirla, mal que pesase á los reverendos padres Gerónimos; sin embargo, procuraba disimular lo posible y entretener con agradables conversaciones á la comunidad, en tanto que se hacia oír la ansiada señal.

Discutia don Fernando á la sazón con el respetable guardian de los Gerónimos acerca de esa cuestion tan debatida y que tanto ha ocupado la mente de los sábios. Hablamos de la supremacia temporal sobre la espiritual, ó viceversa. Uno y otro alegaba razones poderosas, sosteniendo su opinion, y algunos religiosos emitian su dictámen, apoyados en racionios mas ó menos fuertes, segun los alcances de cada uno, cuando de pronto llegó á los oidos de todos una vibrante voz que repitió por tres veces estas palabras: *la voluntad del Rey.*

Esta frase fué pronunciada por un servidor de palacio que se encontraba debajo de las ventanas del alcázar, colocado en aquel sitio por orden del señor de Lemus, segun este habia convenido antes con el rey Católico.

Los religiosos al oír aquellas palabras se miraron unos á otros sin poder adivinar el verdadero sentido de aquella frase. Tan ageno estaba su pensamiento de lo que les iba á suceder.

Entonces don Fernando V de Castilla lleno de arrogancia y magestad se levantó de la mesa, y apresuradamente abrió de par en par las anchurosas ventanas que daban vista al convento de los Gerónimos, y con voz solemne, pero con dulzura, pronunció estas palabras:

—*Mirad, mirad, venerandos religiosos. Esta es la voluntad de vuestro rey. Y seña-*

laba con ademan magestuoso hácia el lugar donde se encontraba situado el convento de los Gerónimos.

Por un movimiento involuntario, como si todos hubieran sido movidos por un resorte, llevaron las manos á sus rostros como si pretendiesen ocultar su asombro y no quisieran ver el asombroso cuadro que se presentaba á su vista.

El convento de los reverendos padres gerónimos situado á la opuesta márgen del rio Tajo, era un monton de escombros en aquellos momentos.

El guardian prorumpió en una exclamacion de dolor: la comunidad siguió su ejemplo, y el rey y sus servidores los contemplaban con esa espresion tan propia de los semblantes que indican haber conseguido un triunfo.

Hubo una instante de silencio, pero instante solemne, imponente, magestuoso. El guardian fué el que lo alteró diciendo:

—Señor..... Hágase la voluntad de V. A. Mañana mismo empezaremos á verificar nuestra traslacion á San Juan de los Reyes.

—De este modo sabe hacer cumplir vuestro rey su voluntad, dijo el monarca en tono de reconvenion.

—Perdonad, señor, exclamaron algunos religiosos.

—Cuando guste puede retirarse la respetable comunidad de los Gerónimos.

Así sucedió en efecto. Todos besaron la mano al rey, y fueron desapareciendo cabizbajos y pensativos.

El convento de los Gerónimos era un monton de ruinas. El pueblo de Toledo, despues de haber sacado los ornamentos, vasos sagrados y demas objetos preciosos, cumplió fielmente la voluntad de su rey y señor.

Algunos años despues se levantó en la cumbre da los montes que hoy se llaman de la Sista, un soberbio edificio, que fué ocupado por los padres Gerónimos. Todavía se conserva en pié, notándose dentro de sus muros la magnificencia y poder que los reverendos padres de esta orden disfrutaron un tiempo en la corte de los reyes de Castilla.

JUSTO FRANCÉS Y FLOREN.

MADRID: 1855.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LECANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I.

Núm. 25.

EL CARNAVAL.

Remóntase á las fiestas consagradas á Baco este período de desórden y de escándalo. Habiendo tenido que luchar la virtud evangélica con los vicios gentílicos, quedó el carnaval como un recuerdo de las festividades paganas, y despues se ingirió como una costumbre, que aun vive en nuestro tiempo, si bien mas templada, amoldándose al carácter de los pueblos. Créese que la palabra carnaval tiene su etimología de la frase latina *carne vale*, lo que quiere decir adios carne. Los griegos le llamaban *apokreos*, sin carne; los españoles *carnevolendas*, hasta el siglo pasado que se usó de la palabra comun. De cualquier modo, está demostrado que los cristianos recibieron de los gentiles esta época de licencia y diversion. Aun se celebra en París, con gran solemnidad, la fiesta del buey gordo, mascarada popular que se remonta al tiempo en que los galos adoraban al *tauro* del Zodiaco.

Seria prolijo esplicar en este corto artículo la historia de estos dias que han producido grandes crímenes y raras aventuras. Todo el mundo sabe las dilatadas orgías del carnaval en Venecia, descrito por ilustres plumas. En Italia particularmente ha sido objeto de inmensos y trascendentales acontecimientos.

En un principio los papas opusieron sus anatemas á esta alegría desenfrenada, mas conociendo despues que nada se conseguia, dieron reglamentos para que se observase el mayor órden en estas diversiones públicas. Alejandro Dumas nos ha descrito maravillosamente un carnaval en Roma.

En Florencia salia la nobleza precedida de un globo, y obligaba á los artesanos, mercaderes y menestrales á cerrar sus tiendas para que ricos y pobres se mezclasen en la diversion. Los frailes representaban comedias y las monjas se vestian de hombres con trages caprichosos.

En otras partes se verificaba el rapto de las novias.

En España, tomándose las cosas al revés, entierran la sardina cuaresmal al principio, debiendo ser como lo hacían los canónigos de Reims, en tiempo de la Pascua de Resurrección.

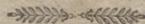
Era costumbre en el siglo XVI y XVII ver á las jóvenes españolas arrojar puñados de salvado á los transeuntes, y éstos en desquite lanzar con galañería bombas de aguas olorosas. Después el salvado se convirtió en sendos calderos de agua, que caían sobre las costillas de los galanes, los cuales iban en cuadrillas cantando y bailando. Por las noches se cubrían los rostros, y las damas se dejaban conocer de sus amantes por un lazo, elegido de antemano, que pendía con gracia de su seno.

La obra de D. Francisco Santos dá largos detalles de estas costumbres, y de los juegos que servían de diversion.

El primero que usó en España la palabra *carnaval* fué el poeta D. Luis de Góngora.

En otras partes renovaban la fiesta de los asnos y de las zorras. En la primera todos los cantos se terminaban con un rebuzno: en la segunda vestían una zorra en traje pontifical y con tiara en la cabeza. A lo mejor ponían una gallina en frente de ella, y era de verla arrojarse sobre su presa con tan extraño traje. En Alemania los sacerdotes que decían la primera misa descendían del altar y daban una vuelta de wals alrededor de la iglesia: por último, se renovaba de nuevo la fiesta de los locos, consagrada especialmente á principios de año, en que un gran dignatario se acercaba al grotesco prelado que les servía de jefe, y decía solemnemente estas palabras. — *Señor obispo, se os desea de parte de Dios un dolor de bazo y una cesta de perdones con la sarna en masa. Monseñor, se os regalan veinte canastas de dolor de muelas y una cola de animal muerto.*

Estas diversiones fueron prohibidas por un concilio de Toledo. Hoy solo se entierra en unas partes á la sardina, en otras á la zorra, y sola vemos que la clase del pueblo es la que mas se divierte, mientras los ricos se contentan con bailar y salir máscaras.



El sueño de una emperatriz.

Más de treinta emperadores se habían sentado en el trono de Constantinopla desde que los hijos de Teodosio el Grande dividieran en dos partes el dominio del mundo, cuando un hombre nacido en la Armenia ceñía sus sienes con la diadema usurpada á Miguel Curopalata.

Este hombre ó gigante que mandaba en todo el Oriente, era conocido con el nombre de *Leon el Armenio* y calificado de falso, veleidoso y engañador. En efecto, más temible que una pantera hambrienta, y cruel como una hiena que después de satisfecha anhela matar todavía, ocultaba todas estas faltas bajo un velo de hipocresía tan impenetrable, que era imposible leer en su rostro la depravación y la maldad de que su alma estaba emponzoñada. Empero siete años se habían hundido en el abismo del tiempo sin que las obligaciones del trono lo apartaran de tan tenebrosa carrera, cuando una mañana vió entrar en su regia habitación á la emperatriz Teodosia, su muger.

Pálida por los padecimientos de su espíritu, sola ella era la que fondeaba el interior de su esposo y percibía la hiel que lo cubría, á pesar de los esfuerzos de este para ocultar sus feas manchas; sola ella había padecido este continuo tormento con toda la efusión de que era susceptible su corazón enardecido y apasionado, y sola ella valiéndose de su carácter franco é independiente podía hablarle con el lenguaje de la verdad, reprender su conducta y descubrir sus más recónditos pensamientos.

Por una causa inesplicable é incomprensible se estremeció el emperador al ver la marmórea y casi misteriosa figura de su esposa.... Quiso fingir una sonrisa, y solo experimentó una contracción, y al estender su mano en señal de un amor sincero, solo se vieron sus dedos contraídos y crispados por un terror fantástico, que lo asemejó á un fugitivo espectro, calcando con desprecio la escarlata y púrpura de los reyes de la tierra.

Teodosia se acercó lánguidamente como arrastrada por un invisible espíritu, y derramó una helada y larga mirada sobre su aterrorizado esposo, como una escultura antigua bajada de su pedestal, ó como la está-

ta que se levanta en un sepulcro, estuvo

un largo tiempo inmóvil y callada, hasta que despues de contemplarlo detenidamente le dijo con una solemnidad melancólica :

—¿Qué sueño tan horrible he tenido esta noche, Leon!

Un nuevo temblor circuló por el cuerpo del monarca, y como subyugado por una mano de hierro que oprimiera su pecho, contestó con aturdimiento :

—Teodosia..... ¿has soñado?

—He soñado, y no sé si será un vaticinio del cielo ó una vaga imágen de mis presentimientos, tan funesto pervigilio.

—Todo puede ser, contestó pensativamente el emperador; pero tus sueños han sido siempre una verdad incontestable. Gobernador de la Natalia era yo cuando tú soñastes que iba á ser emperador del Oriente ... Joven y hermosa eras el dia que se ligaron nuestras manos con el nudo del himeneo, y aquella noche soñastes que habia llegado el año de 820 y te perseguia una fantasma ensangrentada.

—Sí, exclamó la princesa con inspiracion y en el mas lúgubre acento, y ya que estamos en el año de 820, he vuelto á soñar una cosa que tiene identidad con aquella fatídica vision y contigo.

—Espícate, muger..... tus palabras son de hielo, y sin embargo abrasan y calcinan el corazon.

—¿Puedo creerte, Leon? ¿Es la incertidumbre de tu porvenir la que te obliga á abandonar tu carrera de fingimientos, ó un nuevo lazo que quieres tender á mi franqueza?

—¿Yo..... yo? ¡Oh! no me hables así, Teodosia.

—Bien, sea lo que quiera; pero acuérdate que nunca me han engañado mis sueños. Señor del Oriente, te dije ibas á ser, y lo fuistes. Te vaticiné el destino de Miguel tu antecesor, y se cumplió; te anuncié que habias ofendido al cielo con destronar á un príncipe bueno que procuraba la felicidad de sus vasallos..... y ahora te prevengo que recibas el azote y la venganza de ese mismo cielo á quien ultrajastes.

—Tienes razon..... el cielo es justo, y el buen Miguel Curopalata.....

—¿Silencio, impostor! ¿por qué le dás el epíteto de *bueno*, cuando le aborreces hasta en la soledad del claustro que lo encierra? ¿No te acuerdas que lo metistes para siem-

pre con su mujer Procopia, hija del emperador Nicéforo, y sus hijos bajo los arcos de un monasterio?

Los ojos de Leon lanzaron dos rayos fósforicos del centro de sus órbitas, y despues, como si nada hubiese oido, exclamó:

—El ejército seria quien cometió esos crímenes.

Pero tú te asociastes á los soldados para cometerlos. Vasallo y estrangero eras, y la mano del que derribastes te dió el mando de una provincia..... ¡Ah! ¿Por qué le fuistes ingrato? ¿Por qué ¡oh Leon! te apartastes del camino de la honradez! Mira, acércate á mí, tu esposa soy, y te he dado cuatro hijos que serian la corona de tu felicidad; pero mis sueños me han dicho otra cosa, me han presentado un horroroso caos para tu progenie, porque cuando Dios maldice se estiene de el anatema hasta la cuarta generacion.

El emperador, mas pálido que un cadáver, sentia latir su corazon violentamente; las palabras proféticas y oscuras de su esposa le arrancaban la máscara de sus vicios, y no pudiendo encubrir la huella del dolor, mezclaba una sarcástica ironía á las sombras del terror y el remordimiento.

—¿Teodosia! Funesta profetisa de mis dias, exclamó con acento deprecatorio; yo no sé la influencia que tus palabras ejercen sobre mí..... estoy temblando..... hay en mi interior un presentimiento horrible, y sin embargo, ansío ver el oráculo que me amenaza.

—Es muy triste, Leon.

—Pues habla; ¿se acerca acaso mi fin? ¿voy á cambiar la púrpura por el hábito del monge?

—No; eso fué bueno para el emperador Miguel que no hizo daño á nadie y conservó los sentimientos de su religion hasta el postrer momento; eso fué bueno para el infeliz Stauracio, que murió abandonado, pero tranquilo en la celda de un convento.

—Con que entonces..... yo.....

—Tú has sido mas malo, Leon; aunque soy tu esposa, aunque te amo muchísimo, he conocido tus detestables vicios y esperado la justa venganza que te amaga. Empero en este instante fatal..... ¡Si yo pudiera salvarte é inspirar en tu seno los mas puros pensamientos!! ¿Con cuánto placer no lo haría? Pero esto es imposible, porque sin haber oido los bramidos de un pueblo que se suble-

va, sé que hay una tempestad sobre tu cabeza y un abismo á tus pies.

—¡Oh! esto es una pesadilla..... un sueño de plomo, exclamó el emperador; pero quiero apurar el amargo cáliz que me estás haciendo beber, Teodosia. Dime: ¿qué encierra mi sino? ¿Será acaso que me arrancarán los ojos como á Filippico Bardanes, y he de quedar ciego sin ver la luz del sol, sin verte á tí ni á mis hijos, ni á nadie?.....

—Desgraciadamente no ha sido así mi sueño, contestó estremeciéndose la emperatriz. Escucha..... escúchame con atencion, porque voy á referirte lo que has sido y lo que serás en la historia del emperador Constante II.

Hubo un momento de silencio, ó mas bien una calma profunda y melancólica alterada solamente por los latidos de aquellos corazones espantados y los lejanos murmurios de las olas del Bósforo. Teodosia continuó:

—Sentado el emperador Constante en el trono de Constantinopla, fué usurpador como Leon el Armenio: el uno derribó á Heraclonas para sentarse en su lugar, y el otro..... el otro.....

—¡Oh! basta..... basta. Sé lo que vas á decir.

—Arrastrando una púrpura que no te pertenecía olvidando la religion verdadera que te habian enseñado, y menospreciando en su interior los sacerdotes, las imágenes, Leon... no, no, Constante, con un fanático furor se entregó á perseguir á los ministros de los altares y á derribar á esas estatuas silenciosas que nos representan á los santos y á las vírgenes.

—Es verdad..... es verdad.....

Despues de insultar tan atrevidamente al cielo, la crueldad emanó de su corazon; Constante fué sanguinario; tenia las prisiones atestadas de infelices; se reia de los clamores de su pueblo, y en vez de consuelos le mandaba verdugos.

—Y vo tambien.... ¡Teodosia, compasion!

—Irritada la cólera del cielo al ver el mal que derramaba aquel mónstruo, lo señaló con el dedo de su reprobacion y..... el emperador Constante II murió..... ¡asesinado!

—¡Asesinado! ¡oh que horror, Dios mio! ¡piedad!.... ¡piedad!....

Y Leon el Armenio cayó de rodillas á los pies de su esposa.

—Este ha sido mi sueño, exclamó esta con voz gutural; ese espantoso sueño que

tanto me ha atormentado, y cuyas sombras aun las siento correr por mi imaginacion.

—¿Con que he de morir asesinado? dijo Leon livido, contraido, y con los ojos secos y casi vidriados, ¡Ah, Teodosia! ¿Cuándo será ese terrible momento?

—No lo sé: entre la vaguedad del pervigilio yo te he visto muerto por multitud de puñales homicidas y entregado al furor de tu pueblo, que pedia venganza. Yo he visto á tus cuatro hijos esclavos de otro emperador pasando una existencia maldita y despreciada. Este es mi sueño..... la fantasma que ví la noche de nuestro himeneo..... el año de 820 en que estamos; todo me anuncia que está próxima la espantosa realidad.

—Teodosia, dijo el emperador arrastrándose sobre sus rodillas, ¿y qué remedio me queda? Dímelo por Dios..... yo me arrepentiré de todo lo que he hecho; maldeciré mi existencia de mentiras é hipocresia; abriré las prisiones á todos los que en ella gimen; volveré los santos á sus nichos, y desagraviaré á los monges..... yo lo haré todo, aconsejame.

—¡Desdichado! lo único que puedo aconsejarte es que ores y derrames las lágrimas del arrepentimiento.

Despues de un dilatado silencio, los dos seres mas grandes del Oriente se separaron.

Fiel Leon al último consejo de su esposa estaba aquella misma tarde hincado de rodillas en Santa Sofia: el infeliz rogaba á Dios por su existencia. De cuando en cuando oia los cánticos profundos y sonoros de los sacerdotes, y llegaba á su interior una voz misteriosa que le anunciaba cosas siniestras: era la hora de maitines; la vacilante claridad del templo esparcida por entre su severa arquitectura, creaba en la imaginacion débil del emperador mil visiones aterradoras; el rezo espiraba en sus lábios y la fé en su corazon. De pronto un rumor insólito llega á sus oidos, crece, se estiende, truena y re-retumba como una borrasca, y siente que se abren las puertas del templo con un estrépito descomunal.

—¡Dios mio! ¿Qué es esto? gritó sobresaltado.

(Se concluirá.)

MADRID: 1855.

IMPRESA DE D. ANDRÉS PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I.

Núm. 26.

El sueño de una emperatriz.

(Conclusion.)

Y al tender la vista en su derredor vé multitud de hombres que levantan sobre su cabeza puñales y cuchillos.

—; Perdon!.... ¡perdon!.... gritó el Armenio, cayendo sobre el pavimento; pero ahullidos feroces contestan á su súplica.

—; Hipócrita! ¡ usurpador! ¡ asesino! decian por todas partes; lave tu sangre tu negra carrera y recibe el castigo del cielo.

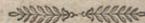
—;Piedad! ¡ Dios eterno! ¡compasion! ¿por qué se ha de cumplir tan pronto el sueño de mi esposa? ¡ Misericordia!.... ¡ misericordia!....

Un velo negro se estiende ante sus ojos; un zumbido extraño truena en su interior, siente las mortales heridas que le abren en su cuerpo, y en su postrera convulsion, vacilante, livido y ensangrentado cayó.....

Leon el Armenio acababa de espirar sobre las losas de marmol del Santuario.

Al otro dia, Miguel el Tartamud osubió los oscalones del trono, arrastrando todavia las cadenas de la prision, y cuando se hubo consolidado en él, acabó con la emperatriz Teodosia, é hizo éunucos á sus cuatro hijos.... Los sueños de esta mujer se cumplieron.

T. TARRAGO Y MATEOS.



ARQUITECTURA.

El arte y la naturaleza.

No voy á describir suntuosos edificios: desde que Semíramis hermoseó á Babilonia, Cécrope á Atenas, Alejandro á Alejandria y Constantino á Bizancio, los hombres de to-

dos los siglos han visitado y admirado esos monumentos semi-eternos, trasmitiéndonos sus preciosidades como un legado de la inmortalidad del genio, ó como una historia de mármol que nos recuerda la grandeza de los hombres antiguos.

Tampoco quisiera hablar del arte. ¿Para qué buscar entre las profundidades del tiempo el origen de esos palacios y templos que levantan sus cúpulas ya en medio del desierto, ya entre las pintorescas graderías de un valle griego, ya en el seno de populosas ciudades? Estudien el viajero, el curioso y el observador esa columna que adquiere su forma tosca y ruda bajo el cincel de los pelasgos; siga su historia ingerida en la civilización primitiva, y la verá perfeccionarse bajo la mano de los etruscos, hacer mas suaves sus lineamientos, hacer la media caña, el pedestal, el zócalo, el plinto, el capitel, y amoldarse al carácter toscano, al dórico, jónico y corintio, preciosa combinación de la elegancia arquitectónica, que imita de la naturaleza las airosas hojas de acanto para formarse una corona impercedera. Estudien despues como muda la forma segun se obra una revolucion en las costumbres; sigan esa metamórfosis radiante en que toda obra greco-romana se inviste de las creaciones bizantinas; contemplen cómo se adelgazan las columnas y se reunen cual un manojo de juncos elegantes, gallardos y flexibles; admiren cómo el arco romano se vá haciendo agudo, prolongado, severo, de donde nace la ogiva; observen el frontis triangular que corona el peristilo de los templos paganos, como se va afinando y estendiendo en magnificas agujas de piedra hasta aparecer en toda su afilgrauada esplendidez el órden gótico; vea como desde el hipogeo, gigantesca obra de las razas primitivas, hasta las catedrales de la edad media, la piedra gime, estalla y se amolda bajo la mano del hombre, fabricando palacios, templos y castillos, donde estampa su sello el genio de la inmortalidad.

No es esta arquitectura la que nos obliga á tomar la pluma; pigmeos en este arte solo le admiramos por la impresion que nos causa, no por el conocimiento profundo y filosófico que nos inspira.

El inmenso templo de Boro-bador es donde el hombre ha querido acumular rocas sobre rocas para hacer un recinto tan grandioso, co-

mo grandioso es para la imaginacion de los indios todo lo que descende emana de su triforme divinidad. La torre de Nankin, hermosa columna de porcelana de arquitectura chinesca, no es otra cosa sino la vanidad del imperio celeste, que busca y goza mas con la admiracion que con la verdad en copiar la naturaleza. La esfinge, la pagoda, la pirámide, el obelisco, esos jardines suspendidos en el aire como astros de brillantes y galerías de soles que se pierden en lo infinito del desierto; esos sepulcros de reyes, esos tronos de granito colocados en el Thibet, en las márgenes del Nilo, en las orillas del Ganges, y cuyas reproducciones se descubren en las soledades de la América, en los profundos bosques del imperio mejicano y á las márgenes del lago Titicaca, como si un inmenso espejo refractase las imágenes prodigiosas del emisferio antípoda: en todo esto, si bien ajenos al arte, solo vemos la grandeza y el orgullo, pero nunca la imitación de la naturaleza; vemos las manos del conquistador, de un genio colosal que reproduce la idea religiosa para el restablecimiento de una sociedad regida por leyes; vemos el esfuerzo descomunal para impresionar la mente humana; domar la agreste feracidad del hombre nomade, y hacer que brote de aquellas páginas de piedra, de aquellos poemas de granito, de aquellas petrificaciones del arte, la historia, las costumbres, los nombres y las narraciones desfiguradas por la tradicion, ó exagéralas tanto por el cincel del artista cuanto por el canto de los poetas.

Pero las revoluciones y las vicisitudes de los tiempos; el hombre que guiado por un instinto prodigioso ó por una predestinacion sobrenatural va buscando la luz de la verdad en medio de las tinieblas del error; el genio que despreciando las reglas de lo exagerado imita las proporciones finas y delicadas de la verdad, es el que despues de sembrar el Oriente de innumerables obras, cuyas ruinas tan solas aterran al hombre estudioso y le obligan á no poder comprender aquellos vastos pensamientos que encierran bajo sus misteriosas bóvedas los anales de un mundo que ya pasó, plantea desde la época de Carlo-Magno una investidura nueva, caracteriza de otro modo la revolucion del arte, é incrustada esta en la marcha guerrera del siglo, vá sembrando de un modo

verdadero el pensamiento arquitectónico, puesto que no pueden separarse la verdad del arte, de las creencias y de la fé del cristianismo.

Una obra moderna entusiasta por la arquitectura antigua, admirando una de esas creaciones inmortales, esclama:—«Tú, que que con santo amor á la ciencia estudias ansioso en esos mudos libros el espíritu de generaciones que se borraron para siempre; tú que con el alma j6ven todavia en fé, visitas peregrino-artista los monumentos de nuestros padres. Si desde la sima del viejo Montseny descendien á la llanura los espíritus de la niebla, envolviéndolo todo en sus fantásticas formas, vé entonces, pero vé solo á contemplar esos claustros.»

¡Ay!; qué de recuerdos, qué de amargura, qué de solitaria grandeza se desprenden de esas líneas que acabamos de estampar! *Esos claustros*, sembrados con profusion sobre la faz de la cristiana Europa; esas iglesias eternas, símbolo perenne del celo religioso que vemos en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en España, nidos inmensos del fervor humano, monolitos maravillosos, labrados, segun las creencias populares, ya por la mano de los ángeles, ya por el buril de los diablos; estos son los que contienen la verdad pura y sincilla, los que imitan á la naturaleza, los que dan al mármol su verdadera significacion, los que en parabólicas figuras trazan en su espacioso limbo cuanto el hombre puede unir, pegar, hacinar en estensas masas de piedra para caracterizar su época y escribir su pensamiento.

Nos hemos desviado sin querer del plan que nos habíamos propuesto al escribir este artículo; pero arrastrados por la impresion que causan esos monumentos gloriosos, hemos cedido á la admiracion que inspiran, mas bien que ser fieles á nuestro objeto primitivo.

Destruido el imperio romano, al mismo tiempo que se transforma la faz del mundo se muda uniformemente la arquitectura, desaparece el gracioso pórtico, la elegante columna, el gallardo friso, el atrevido arquitrave, y vemos nacer unas líneas pesadas y severas; ogivas inmensas que se pierden en las vagas esflorescencias de las primeras labores góticas; columnas macizas, toscas, rudadas, coronadas de capiteles llenos de cabezas de ángeles y cuerpos de monstruo, tales

como se ven en el monasterio de San Pablo del campo de Barcelona, y en el de San Cucufate del Vallés; luego despues vemos cómo la imitacion de la naturaleza se hace mas exacta; en el periodo sombrío que media desde el siglo X al XIII, la arquitectura se destaca valiente y atrevida, como puede destacarse en la lontananza del horizonte un grupo de tilos ó de cedros.

Victor Hugo ha encontrado en las grandes obras arquitectónicas, no solamente la palabra, la frase y la escritura, si que tambien una hiperbólica mistificacion de los adelantos, de las ciencias y de los misterios de la edad media; nosotros, si bien nos detenemos ante esas consideraciones sublimes y empapadas en el secreto de los siglos, solos nos atrevemos á pensar en lo que impresiona la vista y en lo que se deduce de una consecuencia filosófica.

Los caracteres de piedra, los geroglíficos, esos fragmentos druidas, esas ruinas célticas, esos restos hebraicos, son el principio de un arte, cuya primer fuente está en la naturaleza. ¿Qué es esa roca solitaria y gigantesca que veis en la Escocia sino el primer palacio del hombre, en cuya cima prepara una piedra para que le sirva de altar? ¿Qué es esa imponente hilera de peñascos negruscos sino el primer templo de los celtas, ese *dolmen* misterioso que permanece en pié como un testigo secular de sangrientos sacrificios? ¿Qué es esa pirámide inmensa sino la imagen de una montaña como la del Potosí en América, la del Chimborazo, la del Dawalagiri en la India, la del Jura en los Alpes? ¿Qué es la pagoda del Indostan sino el amontonamiento de rocas y anillos de bronce, caverna y palacio, elefantes de granito que sirven de columnas, y columnas de rocas en figuras de elefante?

Vése, pues, que siempre la naturaleza ha sido copiada, seguida, desfigurada hasta perderse entre la severidad toscana y dórica, hasta estinguirse entre la belleza de los jonios y aparecer completamente enmascarada con la elegancia corintia y la aun mas refinada del orden compuesto.

Vése, pues, que es necesario que pasen los siglos, y con ellos los huracanes políticos, el hundimiento de los tronos, la mudanza completa y definitiva de la sociedad para volver á imitar á la naturaleza.....

Ahi están las obras de la edad media. Esas

columnas hacinadas son el retrato de los troncos de árboles que se levantan en el seno de los bosques; esa ogiva altiva es la imitación de esos mismos árboles cuando entretegen sus ramas en la diáfana region del viento; esos rosetones calados que parecen inmensas flores de piedra, son el boceto de cuando vemos que una ráfaga del huracan entreabre el espeso ramage y hace que penetren por él los encendidos rayos del sol.... ¿Queréis mas pruebas? Id á los accesorios de los templos cristianos; buscad ese último suspiro de la oracion que vaga por entre las tinieblas de la altura; mirad en esas vidrieras pintadas todos los colores del cielo y de la naturaleza; la púrpura violada de la alborada; la llama enrojecida del modiodia, y esa media tinta sonrosada de una tarde primavera; oid en la voz del órgano, instrumento prodigioso cuya arquitectura es viva, flotante, aérea; oid en esa masa de armonía, ya el canto de las aves, ya el suspiro de la brisa, ya el bramido del aquilon; estudiad en sus ricos diapasones ese murmurio que produce la cascada en el fondo del valle, ese *ritornelo* que borbotaba en la voz del torrente, ese constante arrullo que emana de las olas del mar..... todo esto uniforme, compacto, estenso, radioso, identificado entre sí, el bosque con la catedral, la catedral con el órgano, el órgano con las luces, todo esto, repetimos, pirámide de rayos, piedras y sonidos, es la arquitectura viva, palpitante, imitadora de la naturaleza, é hija de Dios, que sella su grandeza con la grandeza del hombre y con la sabiduría de su genio.

Así, pues, vemos todo este conjunto de armonía estenderse, esparramarse, crecer y estallar desde la baja arquitectura sajona, hasta la brillante y fantástica arquitectura gótica; desde el templo aplanado, tal como el antiguo santuario de las Huelgas, hasta la elegante fachada de la catedral de Milan; desde la basílica carlovingia hasta la maravillosa aguja de Strasburgo. En este espacio de tiempo es cuando nace el alfabeto, la frase, la cláusula y el período; es cuando el hombre escribe en letras de piedra; es cuando compagina libros de mármol, anales de granito y crónicas de jaspe; es cuando el simbolo se convierte en claridad; es cuando se deletrea, se empapa en aquella especie de traspiracion que nace de la obra, que brota desde el cimientto hasta la abside, desde es-

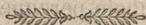
ta hasta el último ramillete del campanario.

Este es el arte imitando la naturaleza.

Desde el siglo XVI en adelante el arte deja de ser arte; el renacimiento con sus mistificaciones clásicas y Churriguera con sus pesados arabescos, matan el pensamiento, varian la forma, mudan el lenguaje, el traje y las costumbres. La cúpula de San Pedro siempre será la obra, mas importante de los tiempos antiguos y modernos, pero esa cúpula levantada por el genio de Miguel Angel es el único testimonio que podemos citar de aquella grandeza distinta, de aquel gusto nuevo, de aquella revolucion infortunada, que habia de descender rápidamente hasta venir á parar en nuestras mezquinas casas de ladrillo, y en nuestros palomares de madera.

El arte pereció desde aquella época; el arte dejó de ser arte desde que no imitó á la naturaleza.

TORCUATO TARRAGO.



MUSICA.

El espíritu humano avanza en su noble mision de crear prodigios: tal es el que vemos estampado en algunos periódicos extranjeros, y que vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores. Un profesor ha aplicado la electricidad á los pianos por medio de un sencillo aparato de comunicacion, en términos que puede darse un concierto en el fondo de la Alemania y asistir á él en Paris, Lóndres, Lisboa, Madrid y otras diferentes capitales. Todo se reduce á enlazar con hilos eléctricos los distintos pianos que han de obrar. Talberg, el rey de este instrumento, puede sentarse en su casa y tocar las mejores inspiraciones del *Fausto*, última ópera que se acaba de componer, y á un mismo tiempo podemos oírle á seiscientas leguas de distancia. ¡Magnífico será el concierto cuando éste se ejecute, por ejemplo, en San Petersburgo, y le oigamos desde nuestra cama con solo tener un piano eléctrico!

MADRID: 1855.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.

